



PRESENTACIÓN DEL LIBRO DEL CINCUNETENARIO DEL IBQ

*“El IES Bernaldo de Quirós, historia y patrimonio” por Juan Carlos Fernández Cuesta.
Director de “la Voz de Asturias”*

Señora consejera, querido director,
querido alcalde, alumnos, amigos,

Hace algo más de 21 años me sentaba en una de las antiguas butacas del anterior salón de actos de este instituto. Ir al salón de actos era casi sinónimo de fiesta, de tiempo empleado fuera de las aulas, imagen casi de nuestra inconsciencia que con el paso de los años se ha transformado en nostalgia por no haber exprimido al máximo la etapa más productiva de nuestra vida. Hacerse mayor, cumplir años, es un frente que nos gusta cruzar lo más rápido posible cuando tenemos tan cerca la frontera de los 18, que nos hace ser más auténticos en nuestra pandilla, pero que oculta un periodo demasiado intenso para los pocos muebles que, en la mayoría de las ocasiones, tenemos colocados en nuestra azotea.

Recuerdo el olor a madera vieja de ese salón, que estaba a la izquierda del patio central, el crujido de las sillas, la pequeña escalera que llegaba hasta el escenario, el equipo de música que funcionaba a ratos. Recuerdo las proyecciones de arte, las lecciones música con el ruido de fondo de algún que otro compañero curioso. Yo, como muchos de los que hoy estáis aquí, también fui un alumno del Bernaldo de Quirós, de una marca de excelencia que hoy nos

vuelve a reunir 50 años más tarde. Medio siglo de vida desde que aquel 1960, Carmen Bobes comandara una experiencia que ha crecido tanto hasta convertirse en una seña imborrable en nuestro expediente personal, además de sumar un hito en nuestro currículo profesional.

Por eso, querido director, mis primeras palabras tienen que ser de agradecimiento a tu persona, a tu equipo, a las decenas de profesores que nos han soportado durante medio siglo, a los que han conseguido hacer buena la expresión de nuestra primera directora, en la que hizo referencia a que este centro no se hace para aprobar a los malos alumnos, sino para preparar bien a los buenos.

Mi caso es una diminuta gota de los muchos que hemos pisado esta



referencia educativa. Y a todo este movimiento hay que ponerle muchos rostros, la mayoría anónimos, pero siempre liderados por el impulso de

transformación de la sociedad en la que vivimos.

Pepe fue mi director, no el único, porque me tocó disfrutar también de los últimos dos años de Carmen Castañón. Con José Fernández, con Pepe, llegó un estilo diferente de entender las relaciones con los alumnos. Aquí aprendí y adquirí lo que era el espíritu guerrero que todavía aflora en muchos de nuestra generación. Aquí comenzaron las primeras amistades de verdad, la primera novia en serio, las primeras fiestas para recaudar fondos para el viaje de estudios...

Entre estas paredes con



reminiscencias medievales, con la sombra de la revolución del 34 y con la huella de los desmanes cometidos, llegamos hasta este curso en el que se conmemoran los primeros 50 años del Bernaldo.

Un instituto que protege la cultura, que defiende el arte con una colección de esculturas, cuadros y libros sin comparación en España por partir de un centro de estas características, no podía elegir otra manera para celebrar esta fecha que no fuera a través de las letras. El mensaje oral se marcha con el tiempo, el escrito permanece como testigo fiel a un recorrido.

Hoy tengo el enorme placer, y no es sólo una frase hecha, de

presentarles el fruto de 50 años de historia explicada por la voz de sus actores y actrices principales, la misma comunidad educativa que dio cuerpo a un proyecto deseado ya en la década de los años 30 del siglo pasado y que hoy tiene la enorme suerte de gozar de un complejo con el nivel más elevado de excelencia, tanto dentro como fuera de sus aulas.

Después de pasar unas horas de intensa lectura, este manual – porque podemos denominarlo así – nos ayuda a tocar de muy de cerca a los miles de estudiantes que corrieron por estos pasillos. El libro no utiliza la fórmula más frecuente para recordar el cincuentenario, no emplea el recurso simple de las imágenes, de la acumulación de recuerdos ordenados por épocas. Al contrario, emplea la condición de lección magistral para enseñar que el edificio en el que crecimos tiene algo más que un nombre. Hoy con su ayuda y no sin cierto toque de arrogancia, pretendo escribir el séptimo capítulo de este ejemplar para recordar lo que es ser alumno del instituto.

Así, de esta manera, el instituto o el tuto, directamente, llamábamos a este enorme caserón localizado en la villa. En mi caso, llegué a él procedente del colegio Aniceto Sela. Allí me enseñaron que la disciplina era algo más que formar las filas y llevar las uñas limpias. Recuerdo a don Plácido con su regla de madera, a don Jorge, a don Gonzalo, al director Alejandro, a don Miguel y luego a otros maestros más jóvenes que completaron este primer toque de atención.

Entonces estaba revolucionado por jugar en el Caudal, aunque como ya tenía la misma altura que ahora,

siempre me colocaban de central, un puesto defensivo que no me gustaba nada.

En el colegio, de la mano de Juan Luis, comencé a ver con otros ojos las canastas que hasta entonces eran un adorno poco más que estético, y con un balón gastado disfrutaba cuando entraba por ese aro a más de 3 metros de altura. El baloncesto se convirtió en mi pasión y entré en el equipo del grupo empresa Hunosa, con el malogrado José Ramón. Era casi al mismo tiempo en el que empezaba las clases en primero de BUP, del bachillerato unificado polivalente.

Todo era nuevo, la independencia de entrar por tu cuenta al centro sin formar, de pisar el césped, de llevar tu mochila para cambiarte en las clases de gimnasia del patio trasero... Todo era tan diferente que empezaba a pensar que era mayor. Estos días, agitando un poco la memoria, encontraba tantas imágenes del instituto que empecé a cruzarme correos con antiguos compañeros y también muy buenos amigos. Uno de ellos, el profesor Julio César Pérez Herrero, que precisamente ofreció la lección inaugural de este aniversario en noviembre del año pasado.

Al poco de entrar aquí, formamos una asociación juvenil que se llamó Cuélebre. Éramos más de una veintena de chavales, la mayoría del instituto, que teníamos claro que, o movíamos nosotros la actividad juvenil del concejo, o lo que veíamos alrededor poca esperanza nos ofrecía. Si por algo se caracterizó siempre esta villa es porque su gente es muy participativa, pese a que el declive de las últimas dos décadas no ha llevado

a un tiempo de letargo del que tenemos que despertar y hacerlo siempre desde los cimientos de la cultura.

Aquí estamos en el mejor santuario civil de las cuencas porque al margen de personas que han triunfado en su vida después de pasar por la mejor educación pública del concejo, lo que ha conseguido el IBQ, como expone acertadamente la directora Bobes en el prólogo de este libro (página 8) es que ha sido capaz de provocar la renovación social a través de la formación académica.

Este espíritu nos movió a



muchos jóvenes a capitalizar nuestra fuerza interior a través del asociacionismo y de la mano del instituto creamos un circuito de conferencias sobre temas más variados como el deporte en la formación, el mundo de la sectas, la espeleología o la participación ciudadana en las ong's. Fueron unos ciclos de charlas temáticas en los que el IBQ se convirtió en el eje y en la casa a la que acudíamos para refugiarnos ante la incomprensión exterior. También programamos cursos de radio y de ahí nació mi vocación, que luego se convirtió en profesión. Primero en Radio Parpayuela colaborando en muchos espacios deportivos, musicales, de tertulia, hasta los medios en los que he tenido la ocasión de trabajar hasta hoy.

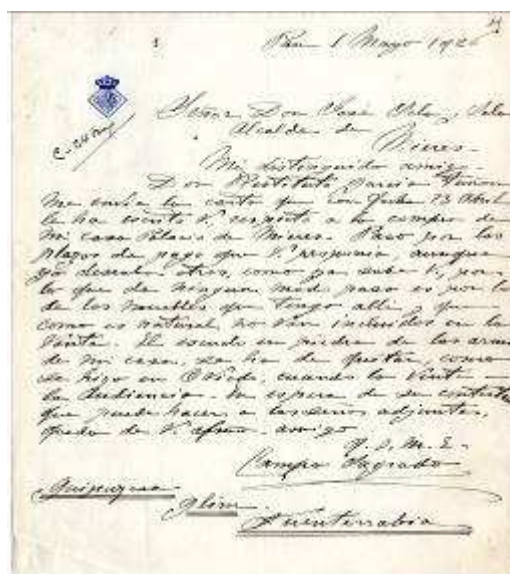
Ahora, tiempo más tarde y con muchas anécdotas a mi espalda, tengo la sensación de que en todas ellas hay un reflejo de esta etapa.

Era extraño que los jóvenes de las cuencas presumiéramos de nuestra procedencia cuando salíamos fuera. Como mucho, hablábamos de Asturias y poco de esa zona combativa y conflictiva. La revolución de 1934 marcó el devenir de los siguientes años y la dureza de la Guerra Civil convirtió a muchos de los habitantes de las cuencas en represaliados o marginados. Pensar, ser crítico, era un ejercicio para valientes.

Este palacio también sufrió la brutalidad de aquella temporada bélica. Su futuro no estaba muy claro desde que el alcalde José Sela regateara con el marqués de Camposagrado en 1925 la compra de estas instalaciones. El ayuntamiento, con la caja vacía –qué poco han cambiado las cosas- ofrecía 300.000 pesetas y el marquesado, a través de su representante Restituto García Tuñón, pedía 75.000 pesetas más, un auténtico fortunón para esa época. Se pensaba entonces que era la ubicación idónea para la prisión y la casa del juez con juzgado incluido.

Sin embargo, la dirección general de Prisiones no lo veía tan claro, nos cuentan las profesoras María Concepción Rodríguez y María Victoria Sánchez en el capítulo tercero, y el arquitecto de esta institución emite un informe contrario a las pretensiones municipales. Pero como en esta villa siempre fuimos muy cabezones, el alcalde se empeñó en que el palacio tenía que ser para el municipio.

Dos años más tarde, en 1927, se firmó la operación a plazos y empieza a prepararse el proyecto para la edificación del juzgado y la morada del señor juez. Llegan incluso a pedir ayuda al Ministerio de Gracia y Justicia para que apoye con el 25% del coste. Entre medias, hasta 1929 no se revuelve el desahucio de Antonio García, a quien el consistorio debe abonar 6.985 pesetas para que abandone la parte de la casa que ocupaba.



No hubo apoyo para los planes del regidor mierense y llegan los años previos a la guerra. Se da un uso social como sede de la asociación mierense de caridad que, en el año 1935, llega a tener 800 socios. Pasó la revolución, la ocupación por cuenta de una compañía de artillería ligera de montaña, de un grupo de Regulares, otro zapadores azotados por un rayo que provocó daños en el palacio y, al final de la Guerra Civil, se convirtió en refugio de invierno conocido como auxilio social.

En 1949, Carmen Polo, esposa del dictador Francisco Franco, inauguró el hogar con capacidad para

unos 325 niños, aunque como indican las profesoras autoras de este capítulo (el tercero del libro) apenas contaban con un centenar.

La idea de un instituto no era nueva. 20 años antes ya había pasado por la cabeza de algún político, pero los acontecimientos aconsejaron aparcar la propuesta hasta que en 1956 vuelve a la primera línea de acción. Apenas 38 jóvenes vivían en el hogar de auxilio social y era un despropósito desperdiciar estas instalaciones para tan poca gente. El decreto 1678/1960 autoriza la creación de un instituto nacional de enseñanza media en Mieres que llevará el nombre de Bernaldo de Quirós, como homenaje a los moradores tradicionales del palacio, emparentados incluso con la Casa Real en tiempo de Isabel II, que llegó a dormir en más de una ocasión en sus habitaciones cuando visitaba Asturias.

Hay dos capítulos excelentes, el primero escrito por el profesor de inglés José Antonio Ordóñez Iglesias, que nos cuenta con total detalle la presencia de la casa de Bernaldo de Quirós en la edad media, periodo convulso pero que como relata con mucho acierto, forma parte de la intrahistoria del edificio: no se puede entender su historia sin conocer a los que dieron los primeros pasos. El linaje de esta familia la sitúa el profesor en torno al siglo XV, aunque hay otros historiadores que hablan incluso de los siglos VIII y IX en los albores del reinado de Alfonso II el Casto a través de Bernardo del Carpio, un guerrero hijo del conde San Díaz. Sea como fuere, su stirpe se consolidó hasta fortalecer su divisa, *Después de Dios, la casa de*



Quirós, que pudimos ver en la fachada de este mismo palacio.

Llega el siglo XV con las disputas entre los Quiñones, los Quirós y los Miranda, tres de las familias más poderosas del mayorazgo del príncipe que el rey otorga a Asturias siguiendo el ejemplo de otras coronas como la francesa e inglesa.

Como los Quirós eran muy hábiles en la política palaciega, refuerzan su posición con alianzas matrimoniales y se hacen con el control total de Mieres y Lena, fijan peajes y portazgos en Oviedo y el puerto de Pajares. Olloniego se convierte en un punto clave en esta estrategia.

En 1474 se funda el mayorazgo de la Casa de Quirós en Mieres con su torre como entandarte en Mieres, Oviedo o Avilés, entre otras posesiones, y comienza su expansión hasta que Felipe IV otorga el título del marquesado Don Gutierre Sebastián Bernaldo de Quirós y Alas Carreño, casi sin apellidos para la tarjeta.

La profesora Leonor María Fernández López, del departamento de Lengua Castellana y Literatura, completa en el capítulo segundo la referencia al palacio mierense. No se sabe bien quién fue el arquitecto que levantó esta construcción aunque se

relaciona al arquitecto del primer marqués de Camposagrado como el autor de esta obra o incluso el cántabro Francisco de la Riva Ladrón de Guevara, maestro mayor de la Catedral y responsable de los palacios de Avilés y Oviedo y uno de los referentes de la arquitectura regional.

Algo más que un palacio

Pinceladas de un palacio que es algo más que las paredes que nos envuelven. Os lo digo por experiencia. Cuando venía a este instituto, la verdad es que reparaba poco en el linaje de los Bernaldo de Quirós o en otras cuestiones como las que os acabo de contar. Me interesaba más que el escudo de la camiseta de baloncesto llevará el nombre del centro en el que estudiaba y durante muchos años viví aislado a una realidad que gracias a la invitación de vuestro director he vuelto a recuperar de una manera muy intensa en los últimos meses. Tener en mi mano un ejemplar del libro que presentamos hoy me ha permitido cumplir un ejercicio de curiosidad mal cubierta en los últimos años y poner nombres y colorido a los rincones favoritos que este palacio nos ofrece a los que tuvimos la ocasión de llenar sus clases.

Por encima de las reflexiones históricas que podemos hacer, nos queda siempre el esfuerzo innovador y la referencia del instituto como centro cultural. Mi experiencia no tiene más valor de la que cada uno de vosotros podáis contar en unos años, pero sí hoy desde este escenario os puedo asegurar que mi vida cambió mucho por haberme formado en este centro. Aquí se cultiva el espíritu crítico, que no se debe confundir con la protesta permanente, se nos ayuda

a que pensemos y a perseguir el concepto de la excelencia como algo más que un deseo.

En mi caso, tuve la ocasión de participar de manera muy activa en la vida interna del instituto. Al poco de llegar Pepe a la dirección, se convocaron elecciones al consejo escolar. Yo formaba parte de la asociación que antes os expliqué y la verdad es que no tenía muchas ganas de meterme en otros líos. Estudiar, jugar al baloncesto, aprovechar el tiempo libre que nos dejaban en casa... Pero me liaron más que nada porque los que se presentaban poco o nada nos tenían que ofrecer en el análisis de un grupo de amigos con la adrenalina por los aires y con ganas de comerse el mundo. Conseguí mi puesto en el consejo por amplia mayoría, recuerdo, y empecé a participar en las reuniones en las que se hablaba de algo tan diferente a lo que hasta entonces escuchaba en las aulas. Nunca son sentimos como alumnos floreros u adornos ornamentales de un consejo porque la legislación exigía que los estudiantes tomáramos parte de estos órganos.

Y luego llegó el viaje de estudios, que me correspondió organizar con un grupo de profesores. Era el tradicional desplazamiento a Roma, entrando por Mónaco y la Riviera, bajando hasta la capital italiana, parando en Pisa, Milán y a la vuelta en Barcelona, donde recuerdo que una alumna se encontró casualmente en el hotel con su abuela que viajaba con el Imsero.

Así pasaron unos años muy felices en los que vivíamos rodeados de cultura y no sabíamos hasta que punto era trascendente ser del Bernaldo de Quirós.

Si algo ha conseguido este centro es que los alumnos que pasamos por él –entiendo que la gran mayoría, siempre hay lugar para el descontento- llevamos la marca como un sello de garantía. El tiempo, o igual la madurez, te hacen recomponer tu escala de prioridades. Ahora ya soy de Mieres, del instituto, jugué en el Grupo Hunosa y tengo la enorme suerte de haber sido pregonero en dos ocasiones, en la fiesta de la folixa y en los galardones Mierenses del Año.



Años de reflexión

En 1972, el instituto publicaba Nueva conciencia, una revista que desde el título ya era toda una declaración de intenciones, y que como dice el director en el capítulo cuarto, ni era nueva ni pretendía remover conciencias, aunque eso no la librara de los ojos de la censura y de un montón de papeles que no impidieron que la prosa y la poesía se adueñara de la escena y que el palacio

disfrutara con los mejores escritores del momento, desde Cela –con algún recuerdo en su foto firmada por lo que Pepe llama alumno-inquisidor-Caro Baroja, Gala, el gran Ángel González, Alberti, Ayala y una larga lista de figuras de primer nivel.

Lo resume muy bien nuestro director, cuando afirma que lo más grato de todo este paso es que muchos podemos decir, no sin cierta dosis de orgullo, eso de que “a éste lo escuche yo en el instituto”. Pintores como Alejandro Mieres, Navascúes, Úrculo, Orlando Pelayo, Serrano, Vaquero Turcios, maestros recogidos en el catálogo elaborado por Prisciliano, otro de los profesores habituales, que se encargó de recoger toda la información con el prólogo de Javier Barón, profesor, crítico y conservador del Museo del Prado.

Lo que os quiero comentar es que cerréis los ojos por un momento, salgáis de las aulas a las que el lunes volveréis, de vuestros libros de matemáticas o ciencias, y que escuchéis lo que estas paredes os tienen que contar. Desde historias medievales por el poder de la lucha con los astures y los pobladores que colonizaron esta tierra hasta las luchas familiares de los Quirós por crecer y emparentar con la Casa Real. Cuentos y fábulas con personajes que pisaron el mismo suelo que pisáis ahora, que respiraron en el mismo ambiente en el que os movéis. Seguid con esos ojos cerrados para pasar estos gruesos muros, llegar hasta la torre medieval y disfrutar con la exposición que ahora puebla su galería; dejaros aconsejar por las miles de letras sueltas que viven en la biblioteca en las vetustas ediciones que reposan sus años en los estantes. Y que no dejemos de pensar que

somos, que sois muy afortunados por estar aquí, por escribir vuestra historia personal con la pluma del Bernaldo de Quirós, porque tenéis la enorme fortuna de ser parte de la historia de este palacio.

Las tecnologías, al día

Estamos en el momento de las tecnologías. Este centro es una muestra notable. Los cuadernos del Bernaldo son una lectura obligada en la página web www.ibq.es. Hasta esta semana no me di cuenta de lo que había avanzado. Todo ocurrió en una conversación con Pepe, el director, cuando me recomendó conectarme con la página de facebook para tener más información. Ahí recapacité y entendí que la revolución tecnológica era cierta, que un clásico del papel como Pepe ya hablaba con términos propios de la red.

Algo está cambiando y estáis en el lugar justo para ser testigos privilegiados. Utilizo lo escrito al término del cuarto capítulo para, citando a Muñoz Rojas, para recordar que *“Vivir no es otra cosa que un discurso, una adición de sombras incesantes a mil perplejidades por minuto, de ternuras de pronto, de congojas de siempre, de esperanzas de nunca, un calor que se nos va, una pena que se nos viene...”*

A esta pena quiero referirme, a la que vais a tener dentro de unos años cuando podáis pensar si aprovechasteis bien el tiempo, y no sólo para la educación académica, sino para la de vuestro espíritu, para la del motor que os ayudará a ser mejores en vuestra vida.

Clásico a la par que moderno

El nuevo aspecto del instituto es asombroso como lo es la referencia técnica que hace el profesor de dibujo Xosé Antón García-Sampedro al hablar de la renovación hecha en estos últimos años. El desgaste era evidente y había que huir un poco de la melancolía de la historia para centrarse en un proyecto que, sin romper con los lazos más profundos del instituto, permitiera disponer de unas instalaciones acordes con los nuevos perfiles del futuro. Así nació este centro que hoy conocemos con esta estructura escrupulosa con los restos encontrados en la investigación de 2006-2007 y que permitieron sacar a la luz datos muy atractivos sobre los moradores, materiales olvidados, empedrados...

Cuatro años de actividad y de esfuerzo por parte de todos, comunidad educativa al frente, han permitido concluir una remodelación total. Dice el profesor García-Sampedro que el IES Bernaldo de Quirós es inimitable y tremendamente clásico a la par que moderno. No le falta razón cuando se mezclan las columnas históricas con los nuevos forjados en sus tres salas dedicadas al arte más los espacios dedicados a las muestras temporales.

Vuestro profesor de dibujo, acompañado por la profesora Gema Ramos –por cierto, cuantos recuerdos de Gelines, la profesora de dibujo que tuve, creo, en los últimos cursos de BUP- cierran este magnífico trabajo hablando del patrimonio artístico, del material y muchas veces inmaterial por lo intangible de su valor histórico. Este instituto cubrió el hueco que tenía el municipio al no contar con una sala de exposiciones. En los setenta se pensó que el Bernaldo podía cubrir esta carencia.

En 1982 la fundación Juan March, nos cuentan los profesores autores del capítulo, presenta en este instituto la exposición de grabados de Goya, con más 6.000 visitas de escolares de la comarca.

Piezas con mucho valor

La mayoría de los trabajos del instituto se centra en el siglo XX, sobre todo de los años sesenta y setenta. En la catalogación de 2009 se registraron 175 piezas, un fondo de incalculable importancia pero que más allá de lo económico, esconde la voluntad y el estilo que este centro ha tenido en su trayectoria.



Me llama la atención, leyendo el libro que hoy presentamos, la colección de cerámica de la tradición asturiana con piezas de Faro, Miranda, Vega de Poja y Llamas de Mouro. Y, por supuesto, el proyecto para el siglo XXI. Esto demuestra que este museo está muy vivo, con muchas ganas de seguir creciendo de la mano del proyecto docente el Museo Pedagógico de las Artes Visuales que comenzó en el curso 2007-2008. Es una excelente vía para aprovechar estos recursos artísticos y trabajar con ellos para que los alumnos puedan potenciar su aprendizaje y visitar otros centros

internacionales como parte de este proceso.

Todo esto que os estoy contando forma parte de esta aventura literaria, editada por vuestra comunidad educativa. Como periodista, siento envidia sana –si es que existe porque no lo tengo claro– de no estar ya en estas aulas. Echo la vista atrás y sólo os puedo decir que muchos de los compañeros que tuve aquí son hoy mis amigos, buenos amigos, cada uno con su ocupación pero todos con la sonrisa en la cara cuando hablamos del instituto.

De vez en cuando, ahora ya menos porque tenemos obligaciones, somos padres o madres, nos reunimos en casa de alguno de nosotros y sólo tenemos una prohibición: enseñar las fotos del viaje de estudios. Yo me llevé una kodak de estas pequeñas que había entonces con un flash que se gastaba por disparos. No había las máquinas tan rápidas como las de ahora, y casi que lo agradezco, porque facebook o twitter hubieran hecho mucho daño entonces. Éramos alumnos tan normales como los miles que nos precedieron o los que tomaron el relevo en este palacio.

No soy quien para dar consejos, y más con el profesorado que tiene el instituto, pero si me aceptáis uno en confianza, leed este libro y aprended a respetar el instituto porque el día de mañana, no sé cuando, formará parte de vuestra vida. Recordaréis a ese paliza que no callaba el día de la presentación, para el que pido el indulto al término de mi intervención, pero si de esta conversación unidireccional os queda la imagen de que el Bernaldo de Quirós ha sido mucho más que un

instituto para muchos de lo que por aquí pasamos, habré conseguido el objetivo.

Es el turno de los agradecimientos y el primero debe ser para todos vosotros, los que habéis tenido la ocasión de participar en esta pequeña historia, la de hoy, pero por encima de todo hay que agradecer a los que colocaron los pilares emocionales y morales de este instituto hace 50 años, a los que lo han conservado y mimado durante estas cinco décadas y a los que hoy asumen el compromiso de aguantar otros 50, o igual más, al frente de esta aventura social.

Dice el director, en la página 14 de la introducción, hablando de la importancia del instituto, que quienes aprenden con el tiempo su geografía, quienes transitan sus pasillos, quienes dejan mucho de sí mismos en cada uno de los trabajos que realizan,

son los mismos que mañana pensarán, como Azorín cuando observaba las nubes siempre intemporales desde el huerto de Melibea, que la vida no es otra cosa que ver volver.

Pues yo he vuelto, querido director, y vuelvo para quedarme en esta historia de la que os pido formar parte como uno de tanto miles que hemos pasado por estas aulas. Y vuelvo con la sensación completa y sin ninguna duda en mi cabeza, que soy de Mieres, que soy de las cuencas mineras, pero sobre todo, que soy del Bernaldo de Quirós.

Enhorabuena por vuestro trabajo y gracias por la atención prestada,

Juan Carlos Fernández Cuesta es, por este orden, alumno del Instituto Bernaldo de Quirós, mierense y director de LA VOZ DE ASTURIAS.

